

damente sus propias aventuras, haciéndole un retrato minucioso de sus favoritas, y comparándolas con ella punto por punto, ó de un modo aproximado. Si se hubiese reducido á esto, habria de dejarse encerrado en los misterios del hogar; pero, á lo que me han asegurado, estaba celoso y ufano de las cartas donde engarzaba estos brillantes; y llamaba al redactor del *Cuartel Real*, para leérselas, y hacérselas admirar. Sabiendo que este tenia fama de escribir bien, queria persuadirle que él tambien redactaba divinamente. Por imposible que le parezca que llegase á tanta monstruosidad en sentido moral y comun, no dude Vd. de que el hecho es rigurosamente exacto, pues la misma doña Margarita despues me lo confirmó.

Llegaba el redactor á la presencia de don Carlos, quien, despues de hablarle de otras cosas, le decía poco mas ó menos: «Ya que estás aquí, voy á leerte una cosa de gusto. Como tú tienes tan buena pluma, juzgarás mejor que otro de ello. Estáme atento, y escucha.» Dicho esto, le iba leyendo una de aquellas abominables cartas; y, para que las saborease mejor, á cada paso se interrumpia, y tirándole de la solapa, le preguntaba todo satisfecho: «¿Verdad que está bien dicho? ¿Verdad que no se podria escribir mejor? Vamos, sé franco, ya que eres literato: ¿Te verias capaz de hacer una cosa de este mérito?» El redactor, que era un jóven de buen entendimiento, y de excelentes costumbres, quedaba escandalizado y cortado; y salia de tan repugnante consulta por medio de alguna escapatoria. «No, verdaderamente, decía con segunda intencion; jamás seré yo capaz de poner una carta como esta.»

Don Carlos, tomándolo en otro sentido, se ufanaba, y pinchándole en el pecho con los dedos, exclamaba: «¡Ah, ah! ¿con que confiesas mi superioridad?... Así me gusta que seais los escritores; juzgando con modestia y justicia, á los que sin ser literatos, escribimos mejor que vosotros. ¿Qué efecto te parece que hará esto á Margarita?—«Deplorable, Señor, contestaba el otro.»—«Esto prueba que la pintura es elocuente, replicaba el pretendiente. Se conoce que no me has engañado.»—«¿Elocuente, dice V. M.? Diga elocuentísima. Lo que no comprendo es qué se propone sacar V. M. de esto.»—«Hacer rabiar á mi mujer, demostrándola que aquí no me falta nada de lo que necesito y quiero, contestaba don Carlos.» El escritor salia de la cámara indignado y mareado; y alguna vez, no pudiendo contener su despecho, corria á contar lo que habia pasado á un amigo de confianza. «El rey no es de carne y hueso, exclamaba, sino de cieno del mas corrompido; no es mentecato, sino imbécil, como los seres privados de sentido. ¡Qué bajeza hay en toda su persona! añadia. ¡Ni los rufianes están tan degradados como él! Si tengo razon de decir que en aquel cuerpo no hay mas que una fetidez irresistible, y unos brazos y piernas desmesuradamente largos, que parecen cuatro inmensas astas de un molino de viento en movimiento continuo. ¡Qué calamidad nos ha caido encima! ¡qué vergüenza y horror haber encendido una guerra por ese monstruo en figura de hombre! ¡qué remordimiento de que tanta gente honrada se mate por él! ¡ah, si uno pudiese volver atrás!» Tales eran las sentidas exclamaciones de aquel escritor; y no eran menos dolorosas las de la persona á quien se confiaba.

Considerando aquellos y otros hechos, no sé cómo doña Margarita no se ha divorciado ya de don Carlos, y qué motivos tiene de haber continuado en su compañía, tolerando tantos insultos. Ignoro en que se han fundado algunos diarios para anunciar en diferentes tiempos que ese divorcio era cercano; pues aunque estuve en tanta intimidad con la familia, siempre evité estas cuestiones. Algunos han supuesto que la señora se habia hecho tan insensible á los ultrajes, que los recibia con la mayor indiferencia; y alguna vez don Carlos me indicó alguna cosa idéntica. Pero yo, siguiendo mi sistema de esquivar estos puntos, formaba mi concepto, y lo guardaba para mí; y ahora me permitirá Vd. que tenga la misma reserva. Lo que puedo decirle tan solo, y lo hago con la mayor satisfacción, es que aunque doña Margarita no se quejase mucho de las primeras cartas de aquel género, al fin perdió la paciencia; y un dia contestó muy resentida á su esposo que viviese como quisiese, pero que se abstudiese de insultarla, haciendo comparaciones tan ultrajantes. «Ya sé, exclamaba, que eres un libertino incorregible, pero hazme el favor de no contarme tus deslices, y sobre todo de no escribirme paralelos entre yo y esas desventuradas.» Don Carlos tuvo la frescura de leer esta carta á aquel escritor, y le dijo: «Chico, tenias razon en decir que mis descripciones eran elocuentísimas, porque hasta han llegado á exasperar á mi mujer. Esto prueba que aunque no sea literato como tú, cuando tomo la pluma, soy un águila.»

Voy ahora á contarle á Vd. dos escenas, que aunque sean del mas vil libertinaje, creo que deben figurar en sus nuevas cartas para eterna infamia del pretendiente. En una de las excursiones que hacia por las Vascongadas y Navarra, se le presentó

un anciano labrador acompañado de su hija. Se llamaban..... y eran de tal aldea; pero suprima Vd. los nombres, á fin de evitarlos esta vergüenza. El padre se quejó de una contribucion que no podia de ningun modo pagar, y le suplicó que interviniese para que se la perdonáran. Don Carlos dió una ojeada á la hija, que era jovencita, soltera y agraciada; y hallándola de su gusto, se propuso abusar de la sencillez del anciano.

Con tal objeto le aconsejó que se volviese á la aldea, dejando en la córte á la niña, para recibir la respuesta. «Yo no puedo evitarte ese pago, le dijo; pero como te quiero mucho, y me intereso tanto por vosotros, veré mas tarde lo que puedo hacer en favor tuyo, y te lo haré decir por tu hija.» El anciano quedó muy alegre y reconocido, y no hallaba palabras con qué expresar estos sentimientos á aquel bribon. «Señor, decía, nosotros los campesinos no sabemos hablar, como las personas de la ciudad; pero creed que os daría toda mi sangre por la bondad con que me habeis recibido.»

Partió en efecto para la aldea, y la niña se presentó á la hora que don Carlos señalara. Iba vestidita con su traje de fiesta, toda rústica, limpia y ruborosa, y en su inexperiencia, no sabia cómo responder al soberano de su tierra. «¡Qué bonita eres! le dijo el Pretendiente. Tendrás muchos novios, ¿eh?»—«Señor, contestó la jóven; yo no soy bonita, ni tengo novios, y V. M. se burla de mí.»—«A fé que no, dijo el Pretendiente. Eres una criatura verdaderamente preciosa.» Pero cubramos con un velo la infamia que pasó, señor Corresponsal; cubramosla enseguida; porque la niña dejó allí su honra; y el Pretendiente la despidió, entregándole una cantidad de dinero. «¡Es una calumnia! dirán los carlistas furibundos.» Pero para su confusion, esta aventura tiene pruebas irrefutables. La niña, de resultas, dió á luz un niño; y aunque parece que desde el principio reveló á su padre el nombre del violador, aquel se guardó bien de quejarse, mientras este se halló en España. Pero se condujo de otro modo cuando la guerra terminó.

En efecto, un dia cierto sugeto que fué cocinero de don Carlos en Estella, se presentó al marqués de Valdespina, uno de los primeros personajes carlistas, y le manifestó lo que habia ocurrido, y los testigos que habia del abuso del Pretendiente. «El padre de la jóven, dijo, se propone ahora dar un escándalo, presentándose á los tribunales de París, y reclamando justicia contra S. M. Si alguien no se apresura á arreglarlo, van á hundir al partido carlista.» De la conversacion que el marqués tuvo con el cocinero, resultó que la familia suspenderia todo recurso judicial, si don Carlos señalaba una pension á la madre y al hijo. Alarmado el marqués de un incidente tan grave, y de la sensacion que podria causar, nos escribió enseguida varias cartas á don Carlos y á mí, tomando la precaucion de certificar las mias; y allí nos contaba muy al pormenor la historia y estado del asunto, aconsejando y regando que enseguida se mandara dinero á aquella familia.

En aquel momento habíamos nosotros emprendido el viaje á Grecia, y las noticias nos alcanzaron en Caserta, junto á Nápoles. En seguida ví la importancia del incidente, y abundando en las mismas ideas de Valdespina, me apresuré á hablar á don Carlos. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al verle risueño y exaltado de gozo! «¡Boet, me dijo; qué fortuna tan grande me acaba de caer! No me faltaba mas que un hijo bastardo para ser un pretendiente completamente á la moda; y ahí tienes á Valdespina que me anuncia esta inefable ventura. No estará el *Figaro* poco contento de anunciarlo; y á fé que con este motivo es necesario que me dé mucho bombo, y me compare con Luis XIV, que tambien tuvo bastardos.» Disgústome mucho esta odiosa ocurrencia, y llamándole á la realidad, le apremié para que resolviera lo que habia de hacerse. «Si el padre de la chica acude á los tribunales, le dije, cae la mar sobre nosotros; y aquí no hay otra alternativa que probar que aquello es una calumnia, ó dar enseguida dinero.»

«¡Qué ha de ser una calumnia, hombre! exclamó. El chico es mio, y estoy tan ufano de él como de mi primogénito. ¿Pero no conoces tú mismo que soy hombre de suerte? He perdido la guerra, sí, pero al menos me queda de ella un bastardo. ¡Qué guapito y monito debe ser el picarillo! En fin, como hijo de su padre. ¡Oh! jamás olvidaré que ha sido en Caserta donde he tenido la buena ventura de saberlo. Será necesario que al regresar á París, lo hagamos insertar de un modo misterioso en el *Figaro*, porque la noticia me realzará mucho. Un príncipe que tiene bastardos es siempre objeto de la curiosidad general, Boet, pues un bastardo supone una relacion de amor, y esta una conquista; y los hombres de conquistas son ahora los que dan el tono á la sociedad. ¡Con qué aire me pasearé por los boulevares, como diciendo, *ya tengo un bastardo*. ¿Qué mas quisieran mis envidiosos? ¡Y con qué cuéchicheos y sonrisitas maliciosas me mirarán las señoras, al verme en los salones ó en la calle!»